

Sal y Luz

Domingo XXXIV Tiempo Ordinario (C) 20.11.2022

Solemnidad de Cristo, Rey del Universo

Nº 157 Parroquia San Carlos Borromeo

En la cruz, Jesús se encuentra a la «altura» de Dios, que es Amor. Allí se le puede «reconocer». (...) Jesús nos da la «vida» porque nos da a Dios. Puede dárnoslo porque él es uno con Dios. De hecho, mientras que el Señor parece pasar desapercibido entre dos malhechores, uno de ellos, consciente de sus pecados, se abre a la verdad, llega a la fe e implora «al rey de los judíos»: «Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino». En la configuración de los edificios sagrados (...) se hizo habitual representar en el lado oriental al Señor que regresa como rey –imagen de la esperanza–, mientras en el lado occidental estaba el Juicio final, como imagen de la responsabilidad respecto a nuestra vida: esperanza en el amor infinito de Dios y compromiso de ordenar nuestra vida según el amor de Dios. (Benedicto XVI, 21.11.2010).



Acuarela de Maria Cavazzini Fortini.

*Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.
(Lc 23,35-43)*

COMENTARIO

1.ª lectura: 2 Sam 5,1-3. *Ellos ungiéron a David como rey de Israel.*

Sal 121. *R. Vamos alegres a la casa del Señor.*

2.ª lectura: Col 1,12-20. *Nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor.*

Evangelio: Lc 23,35-43. *Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*

**Jesús, desde el trono de la cruz,
acoge a todos los hombres con misericordia infinita**

1.- Introducción general

Dios sella la alianza con su pueblo cuando era un pueblo de pastores. Más tarde, los judíos, viendo que sus vecinos formaban reinos estables con reyes poderosos, quisieron también ellos tener un rey. Pero Dios, con esfuerzo, quiso hacerles comprender un significado nuevo, distinto de «rey»: el de rey como cabeza. La cabeza es garante de unidad y de coordinación armónica de todo el organismo. Jesucristo es la plena manifestación de esta realeza. Su pasión se articula incluso sobre la falsilla de la coronación del rey. Es un objeto de oprobio, de humillación, de desprecio, pero mediante esta vía cumple la obra del verdadero rey, es decir, la unidad universal. La unidad se realiza con la renuncia de uno mismo: sólo el amor afirma a los demás sin exigir nada para sí. El amor crea la unión de todo, pero es libre. Por eso, está oculto detrás de escenarios de desgarramiento, antagonismo y conflicto, detrás de mucha sangre derramada y de la sangre de Cristo Rey, en la cual se cumple la unidad de todo.

Al aparecer Jesucristo en la Cruz, en este día en que celebramos a Jesucristo como Rey del Universo, nuestra Gran Madre Iglesia nos quiere colocar ante el misterio del reino de Dios. Es el misterio de un Rey cuyo reinado es el de la pasión por la bienaventuranza del hombre.

La solemnidad de hoy, en cuanto a su institución, es bastante reciente. De hecho, fue instituida por el papa Pío XI, en 1925, en respuesta a los regímenes políticos ateos y totalitarios, que negaban los derechos de Dios y de la Iglesia. El clima del que nació la fiesta es atestiguado, por ejemplo, por la revolución mexicana, cuando muchos cristianos fueron a la muerte gritando hasta el último momento: «¡Viva Cristo rey!».

Pero, si la institución de la fiesta es reciente, no lo es así su contenido y su idea central que, por el contrario, es antiquísima y se puede decir que nace con el cristianismo. La solemne proclamación de fe: «Jesús es el Señor» con la que muchos mártires de los primeros siglos iban al martirio, poniendo su lealtad a Cristo por encima de la del emperador, estaba ya en esta línea.

2.- El Evangelio: La Serena Esperanza de un Condenado a muerte

2.1- Contexto literario

San Lucas describe de manera muy resumida, pero con un gran arte, las escenas relacionadas con el momento de la crucifixión de Jesús (v. 33-43): la crucifixión de los dos ladrones (v. 33), el reparto de las ropas de Jesús (v. 34), la reacción de los judíos y de los soldados romanos ante el crucificado (v. 35-37), la reacción de los dos malhechores (v. 39-43).

Desde el punto de vista literario, san Lucas ha debido utilizar el material de san Marcos, eliminando algunas partes (por ejemplo, el nombre arameo Gólgota, el vinagre mezclado con mirra ofrecido a Jesús y su rechazo a beberlo, etc.), pero incorporando otros elementos que son peculiares suyos, que han debido ser tomados de sus fuentes propias (por ejemplo, san Lucas es el único que dice que los malhechores estaban situados uno a la derecha y otro a la izquierda; y es el único también en presentar a un ladrón bueno, arrepentido ante la crucifixión de Jesús).

El mensaje central que preside esta sección, *la caridad de Cristo*, que pide al Padre el perdón de los que le crucifican (v. 34a) y que ofrece su Reino al ladrón arrepentido (v. 43), se ve contrastada por la actitud de los hombres ante esta caridad: unos permanecen en la curiosidad (el pueblo), otros se burlan (los jefes), otros le desprecian (los soldados), otros le injurian (el ladrón malo), otros se arrepienten de su pasado (el buen ladrón).

2.2- El desarrollo de la escena

a) La reacción de los asistentes a la crucifixión (v. 35-38)

La escena presenta tres tipos de personas que reaccionan de diversa forma ante Jesús en la cruz:

- *La actitud de la gente* (v. 35a) es presentada como un cumplimiento de las palabras del *Sal 22,8-9*, pero poniendo el énfasis en que el pueblo «mira» a Jesús, como con curiosidad, sin desprecio;

- *La actitud de los jefes* (v. 35b) aparece en claro contraste con la del pueblo: ellos sí reaccionan con hostilidad, con burlas, e incluso con sarcasmo; en su actitud parece reflejarse una cierta venganza por todas las dificultades que Jesús les había causado durante su predicación;

- *La actitud de los soldados* (v. 36) responde a la de personas que, extrañas a la fe de Israel, no ven en Jesús más que a un miserable judío, condenado por cuestiones políticas, con el que podían satisfacer su ansia de diversión aquel día; burlándose de él, se burlaban indirectamente de Israel y de sus pretensiones religiosas y políticas. El colmo de sus burlas llega cuando le ofrecen para beber una bebida nada agradable, pero a la que ellos estaban bien acostumbrados: una especie de vino seco, picante, que era el que bebían de ordinario los soldados de las legiones establecidas en Hermópolis (Egipto).

Para completar la burla y dejar ver ante los ojos de todos el contraste entre la debilidad que se levanta en el patíbulo y las aspiraciones a la dignidad de rey que se atribuían a Jesús, había encima de la cabeza un título, es decir, una inscripción con la causa de su condena: «Éste es el Rey de los judíos» (v. 38).

b) La reacción de los condenados (v. 39-43)

San Lucas refleja muy bien el claro contraste que existe en la reacción de los dos condenados con Jesús:

- El *primer condenado* se encara con Jesús repitiendo los insultos de los jefes de los judíos, en tono burlón y sarcástico. Para él el Mesías verdadero no podía ser sino un triunfador y un vencedor, alguien que debía saber salir adelante en las horas difíciles, un jefe capaz de capitanear a los suyos hasta la victoria. Pero aquí, en Jesús, se contempla a alguien que está derrotado, vencido, exhausto. Difícilmente podía ser Él el Mesías prometido a Israel.

- El *segundo condenado* reacciona de manera distinta y aparecen en su conducta como dos momentos. En un primer momento se dirige a su compañero hablándole en tono de reproche y reprensión. Llevado del temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, confiesa con toda humildad y sinceridad que su situación es debida a su culpa, y esto le lleva a un sincero arrepentimiento. De ese modo, al aceptar su suplicio, lo transforma en un acto reparador. Y va más lejos todavía al sentir incluso admiración por Jesús y dar testimonio de Él defendiéndole ante su compañero, pues afirma de Él que nada malo ha hecho.

En un segundo momento, este malhechor es capaz de reconocer en Jesús al Rey que se encamina hacia su Reino. Lejos de pedir un milagro que muestre su

poder, el ladrón arrepentido, que ha intuido en Jesús el poder de una realeza más grande, pide la gracia de no ser olvidado por Él en su Reino. El malhechor, hasta entonces un condenado indeseable, aparece como quien se siente redimido por la fuerza de un amor que se manifiesta en la familiaridad y confianza de llamarle por su nombre: ¡Jesús!

Con su respuesta, «hoy estarás conmigo en el Paraíso» (v. 43), Jesús se revela a este hombre no sólo como el Mesías que tiene poder y reino, sino como el Salvador, que le da más incluso de lo que le pide: no sólo se acordará de él, sino que ese mismo día se encontrará gozando junto a Él de las delicias del Reino, en el Paraíso. La palabra «paraíso» es un término persa (*paradeiza*) que designa un parque, un vergel, un jardín de recreo. En la Biblia se utiliza con frecuencia la palabra paraíso (en hebreo, *gan*; en arameo, *pardaisa*) para hablar del «Paraíso de Dios, o del Señor», tomando la imagen del jardín en el que Dios puso al primer hombre y en el que Dios como un rey, se pasea, se recrea y disfruta (cf. *Gn* 2,8; 3,8). Jesús promete al ladrón arrepentido que el mismo día en que va a morir estará disfrutando con Él de su compañía, que no es otra que la misma compañía de Dios, en su Jardín.

Esta escena de la cruz con la promesa del Jardín tiene una evocación muy bonita en el libro del *Apocalipsis*. Se trata de *Ap* 3,4-5, que forma parte de la carta a la iglesia de Sardes y que dice lo siguiente: *Tienes en Sardes unos pocos que no han manchado sus vestidos. Ellos pasearán conmigo vestidos de blanco; porque son dignos. El vencedor será así revestido de blancas vestiduras; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que proclamaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles.*

El sentido del pasaje puede interpretarse así: como Jesús llegó hasta el final de su ministerio, hasta la cruz, guardando la fidelidad al Padre, del mismo modo a los que han permanecido fieles –en este caso puede entenderse el buen ladrón–, Jesús les hará el honor de dejarles pasear con Él en el Paraíso.

No es improbable que con la expresión «pasearán conmigo vestidos de blanco» (*in albis*: v. 4) el autor del *Apocalipsis* esté aludiendo al relato del Paraíso, cuando Dios paseaba con Adán, que estaba revestido aún con el vestido de gloria, deleitándose con su conversación. El relato yahvista de *Gn* 3 se imagina a Dios como un soberano oriental que pasea a la caída de la tarde por sus jardines, donde se hallan plantas y flores, así como toda clase de árboles frutales, y dialogando con el hombre como con su mejor amigo y consejero. El pecado de Adán fue un mazazo

para Dios no sólo porque sus planes se veían contrariados, sino porque se veía privado de la compañía de Adán en el Paraíso. ¡Se quedaba sin su mejor amigo!

Ahora desde la cruz, Jesús restaura con el buen ladrón aquella situación original invitándole a pasear aquella misma tarde con Él en el Paraíso. En el ladrón Dimas se nos comunica esta preciosa bienaventuranza: ¡Dichosos los que sean encontrados dignos de pasear con Jesús por los jardines del Paraíso!

De este modo, san Lucas utiliza la escena del ladrón arrepentido para presentar un mensaje diáfano: siempre hay oportunidad para el arrepentimiento y para el perdón; para el cambio de vida y la vuelta confiada del corazón a la misericordia salvífica de Dios. Cuando el hombre, aún el más pecador, se vuelve a Cristo, encuentra en Él una fuente inagotable de salvación. **Porque las puertas del Paraíso, abiertas por Cristo, no se cierran para nadie, ni siquiera para un malhechor.**

[La tradición cristiana ha identificado a este ladrón arrepentido con san Dimas, nombre que aparece en *Los Hechos de Pilato X, 2*, obra apócrifa conocida también como el *Evangelio de Nicodemo*].

En resumen: viendo cómo está reaccionando Jesús, el Buen Ladrón se enternece. De malhechor, de bandido, de ladrón, su corazón se va enterneciendo, se deja ablandar por el amor de Jesús. El que estaba al lado se une a los que están criticando y burlándose de Jesús. En cambio, el corazón del Buen Ladrón se va enterneciendo poco a poco. Y entonces llama a conversión al otro, se reconoce pecador y se «lanza» con todo el equipo, no hay nada que perder, a los brazos de Jesús. Dice Juan Pablo II que aquí tenemos la primera canonización conocida de la historia. Cómo, en unos minutos, un ladrón, un malhechor, un gran pecador se convirtió en santo. Y todo porque se dejó amar, porque fijó la mirada en Él. Atención a esto: se dejó amar y le miró, y se lanzó a sus brazos. ¿Así de fácil? Así de fácil. Y se puso a disposición de Jesús.

Jesús responde: «Hoy estarás conmigo en el paraíso», porque Yo soy el paraíso.

Tú, Jesús, eres nuestro paraíso. Eres Tú el paraíso, nadie como Tú.

Y el paraíso del hombre es que hemos sido creados para Cristo y sólo en Él encontraremos la felicidad. Si un apóstol se convirtió en ladrón, traidor y malhechor –Judas–, en el momento final de la vida terrena de Jesús un ladrón, un malhechor se convirtió en apóstol. Y no sólo se convierte, sino que intenta persuadir al otro, haciendo apostolado. De manera que, en cualquier situación, hasta la más incómoda, podemos hacer apostolado. Hasta en el lecho del dolor, hasta en la cruz,

se puede hacer apostolado. Incluso cuando uno no se encuentra para nada, pues, a veces, también se puede hacer apostolado. En la economía de Dios se aprovecha todo, incluso el pecado, sobre todo, el pecado. Pero el centro de su reinado no es el pecado, sino la misericordia.

3.- Meditación

Hoy todo el pueblo cristiano es quien hace fiesta a su Soberano y Rey. Un reino, el suyo, que el prefacio de la misa de hoy define «de la verdad y de la vida, de la santidad y de la gracia, de la justicia, el amor y la paz». Dice san Pablo en la segunda lectura que arrancándonos del reino de las tinieblas, el Padre nos ha trasladado al reino de su Hijo, en el que tenemos «la redención y la remisión de los pecados».

Apenas la fe cristiana fue libre para expresarse en el arte, las dos imágenes favoritas de Cristo fueron las mismas que encontramos asociadas a la fiesta de hoy: la del Buen Pastor y la del *Pantocrator*. **Esta última frecuentemente llenaba la entera media naranja del ábside en las iglesias, envolviendo a la asamblea en un gesto más de protección que de dominio.** Cuando se comenzó a dibujar y pintar el crucifijo (en los primeros tiempos, la cruz había sido representada sin Cristo encima), **fue de esta manera como vino representado: con la corona en la cabeza, el hábito y el porte real.** Era un modo de afirmar, también con los colores, la verdad proclamada en la liturgia: «Dios reina desde el madero» (*regnavit a ligno Deus*).

Tres cosas para vivir en esta festividad de Cristo Rey. **Primero**, que Cristo es ya Señor y lo puede todo, lo puede todo, y Él puede hacer todo en mi vida si yo le dejo. Y sobre todo, Él puede lo que yo no puedo. Él es capaz de transformar mi vida, de cambiar mi corazón, de redimirme del pecado, de hacerme santo como Dios quiere.

Segundo, Cristo lo puede todo, pero no quiere hacer nada sin nosotros. Por eso el reinado de Cristo, que es todopoderoso, es un reinado de amor, y siendo un reinado de amor es un reinado que lo puede todo, pero que no se impone, que no arrasa, que no aplasta, sino que solicita e invita a nuestra libertad. Y el Señor, para hacer maravillas, necesita que le dejemos. Y ese reinado de amor quiere llegar a todo lo que es humano, a toda la creación; y quiere llegar al hombre entero, a todo hombre y a toda mujer, a toda la vida, a toda la sociedad, a toda la creación. Pero Él quiere pasar a través de la libertad del hombre. Por eso el Señor en esta fiesta está solicitando nuestro sí, como a la Virgen María (por eso esta fiesta está

precedida de la presentación de la Virgen y acompañada por la Inmaculada Concepción), está pidiendo que le digamos que sí, que le dejemos hacer y que nos entreguemos de veras a lo que Él quiere.

Tercero. Para Dios, para el Señor, para Jesucristo, Dios y hombre verdadero, resucitado y glorioso, que siendo Dios es hombre para siempre, resucitado y vivo, reinar es servir. Para Dios reinar es servir. Y Cristo ha resucitado y es Rey para servir al hombre. Y ahora más que nunca porque vive para salvarnos. Toda la vida de Jesús es estar pendiente de nosotros para darnos la vida. Por eso celebrar la festividad de Cristo Rey es dejarle a Jesús que pueda hacer lo que más quiere hacer, que es servirnos, llenarnos de la vida divina, Él que tiene abierto el Corazón para llenarnos de su vida. Él que su mayor deseo es llevar adelante la obra de la Redención y hacer que fructifique la Redención que nos ha obtenido en la Cruz.

Es conmovedor hacer notar en el Evangelio de hoy una cosa: en él se refiere que, en el momento de su muerte, sobre la cabeza de Cristo colgaba el escrito: «Éste es el rey de los judíos» y los circunstantes le desafiaban para que mostrara abiertamente su realeza: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Muchos, incluso, de entre sus amigos esperaban una demostración espectacular de su realeza en el último momento. **Pero él escoge demostrar su realeza preocupándose de un solo hombre que, además, era un malhechor:** «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino (...), le respondió: (...) te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso”».

Desde esta perspectiva, **la pregunta más importante para plantearnos en la fiesta de Cristo Rey no es si él reina o no en el mundo, sino si reina o no dentro de mí;** no si su realeza es reconocida por los estados y por los gobiernos, **sino si es reconocida y vivida por mí.** ¿Cristo es Rey y Señor de mi vida? ¿Quién reina dentro de mí, quién fija los fines y establece las prioridades: Cristo o algún otro?

Según san Pablo existen dos posibles modos de vivir: o «para sí mismos» o «para el Señor». Escribe: «Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos. Porque Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos» (*Romanos 14,7-9*).

«**Vivir para sí mismo**» significa vivir como **quien tiene el propio principio y el propio fin en sí mismo;** indica una existencia encerrada en sí mismo, tendida solo a la propia satisfacción y a la propia gloria sin alguna perspectiva de eternidad. «**Vivir para el Señor**», por el contrario, significa vivir del Señor, de la vida que viene de él,

de su Espíritu, y vivir *para* el Señor, esto es, en vistas **a él, para su gloria**. Se trata de una sustitución del principio dominante: **ya no más «yo», sino Dios**.

Se trata verdaderamente de una nueva existencia. Frente a ella, la misma muerte ha perdido su carácter de irreparable. La contradicción más radical ya no está más entre el «vivir» y el «morir», sino que está entre vivir «para sí mismo» y vivir «para el Señor». «Vivir para sí mismo» ya es la verdadera muerte. Para quien cree, la vida y la muerte física son solamente dos fases y dos modos distintos de vivir para el Señor y con el Señor: el primero, a modo de primicia en la fe y en la esperanza; el segundo, con la plena y definitiva posesión en el modo por el que se entra con la muerte.

Pidámosle al Señor que nos abramos de verdad al reinado de amor de Jesucristo, nuestro Rey y nuestro Señor. Sabiendo, claro está, que entre decir que Jesucristo es el Hijo de Dios y confesarle como nuestro Salvador y Rey, media la rendición de todo mi ser a su Gloria.

Al que nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre: a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén. (Apocalipsis 1,5-6).

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía sobre la cruz y el ladrón* (1, 3-4: PG 49, 403-404)

La cruz, símbolo del reino

Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino. No tuvo la audacia de decir: *Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino* antes de haber depuesto por la confesión la carga de sus pecados. ¿Te das cuenta de lo importante que es la confesión? Se confesó y abrió el paraíso. Se confesó y le entró tal confianza que, de ladrón, pasó a pedir el reino. ¿Ves cuántos beneficios nos reporta la cruz? ¿Pides el reino? Y, ¿qué es lo que ves que te lo sugiera? Ante ti tienes los clavos y la cruz. Sí, pero esa misma cruz –dice– es el símbolo del reino. Por eso lo llamo rey, porque lo veo crucificado: ya que es propio de un rey morir por sus súbditos. Lo dijo él mismo: *El buen pastor da la vida por las ovejas*: luego el buen rey da la vida por sus súbditos. Y como quiera que realmente dio su vida, por eso lo llamo rey: *Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.*

¿Ves cómo la cruz es el símbolo del reino? ¿Quieres otra confirmación de esta verdad? No la dejó en la tierra, sino que la tomó y se la llevó consigo al cielo. Y ¿cómo me lo demuestras? Muy sencillamente: porque en aquella su gloriosa y segunda venida aparecerá con ella, para que aprendas que la cruz es algo honorable. Por eso la llamó su «gloria».

Pero veamos cómo vendrá con la cruz, pues en este tema conviene poner las cartas boca arriba. Dice el Evangelio: *Si os insisten: «Mira, que Cristo está en el sótano», no os lo creáis; «mirad, que está en el desierto», no vayáis.* Hablaba de este modo de su segunda venida en gloria, previniéndonos contra los falsos cristos y contra el anticristo, para que nadie, seducido, cayera en sus lazos.

Como antes de Cristo debe aparecer el anticristo, para que nadie, buscando al pastor, caiga en manos del lobo, por eso te doy una señal para que identifiques la venida del pastor. Pues como la primera venida fue de incógnito, para que no pienses que la segunda ocurrirá de parecida manera, te doy esta contraseña. Y con razón la primera venida la realizó como de incógnito, pues vino a buscar lo que estaba perdido. Pero no así la segunda. Pues, ¿cómo? *Porque igual que el relámpago sale del levante y brilla hasta el poniente, así ocurrirá con la venida del Hijo del hombre.* Inmediatamente se hará patente a todos y nadie tendrá que preguntar si Cristo está aquí o está allí.

Igual que cuando brilla el relámpago no es necesario preguntar si se ha producido o no, así también en la venida de Cristo: no será necesario indagar si Cristo ha venido o no ha venido.

Pero el problema era si aparecerá con la cruz, pues no nos hemos olvidado de lo prometido. Escucha, pues, lo que sigue. *Entonces*, dice. Entonces; pero ¿cuándo? Cuando venga el Hijo del hombre, *el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor*. Aquel día será tal la intensidad de la luz que se oscurecerán hasta las estrellas más luminosas. Entonces *las estrellas caerán; entonces brillará en el cielo la señal del Hijo del hombre*. ¿Ves cuál es el poder de la señal de la cruz?

Y al igual que al hacer un rey su entrada en una ciudad, los soldados le preceden llevando las insignias del soberano, precursoras de su llegada, así también, al bajar el Señor de los cielos, le precederán los ejércitos de ángeles y arcángeles enarbolando el glorioso lábaro de la cruz, y anunciándonos de esta suerte su entrada real.

SAN GREGORIO DE NISA, *Sermón 5º sobre la Pascua: PG 46, 683*

Sermones: Es Rey, pues venció a la muerte

«Pilatos dijo: “Aquí tenéis a vuestro rey”» (Jn 19,14)

¡Bendito sea Dios! Celebremos al Hijo único, Creador de los cielos, que ha vuelto a subir a ellos después de haber descendido hasta lo más profundo de los infiernos y ahora cubre la tierra entera con los rayos de su luz. Celebremos la sepultura del Hijo único y su resurrección como vencedor, gozo del mundo entero y vida de todos los pueblos...

Todo esto nos fue dado cuando el Creador, rechazando la ignominia, se levantó de entre los muertos y, en su esplendor divino transfiguró lo perecedero en imperecedero. ¿Cuál es la ignominia que rechazó? Nos lo dice Isaías: «Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres» (53,2-3). ¿Cuándo es que estuvo sin gloria? Cuando llevó sobre sus espaldas el madero de la cruz como trofeo de su victoria sobre el diablo. Cuando pusieron sobre su cabeza una corona de espinas, a él que corona a sus fieles. Cuando fue revestido de púrpura el que reviste de inmortalidad a los que son renacidos del agua y del Espíritu Santo. Cuando clavaron en el madero al señor de la muerte y de la vida.

Pero el que estuvo sin gloria fue transfigurado en la luz, y el que es el gozo del mundo se despertó con su cuerpo... «¡El Señor es rey, vestido de belleza!» (Sal 92,1). ¿De qué belleza se revistió? De incorruptibilidad, de inmortalidad, de convocador de los apóstoles, de corona de la Iglesia. Pablo se hace testigo de ello: «Es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad; y que este ser

mortal se revista de inmortalidad» (1 Cor 15,53). También lo dice el salmista: «Tu trono está firme desde siempre y tú eres eterno; tu reino dura por los siglos; el Señor reina eternamente» (Sal 92,2; 145,13). Y también: «El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables» (Sal 96,1). ¡A él la gloria y el poder, amén!

CASIANO, *Colaciones*, 24

Supongamos a un arquitecto que deseara construir en el espacio la bóveda de un ábside. Debe trazar toda la circunferencia partiendo de un punto clave: el centro. Guiándose por esta norma infalible, ha de calcular luego la exacta redondez y el diseño de la estructura.

Quien intentara llevar a feliz término la obra haciendo caso omiso de ese punto céntrico, por más que presuma de su destreza e ingenio es imposible que pueda obtener una forma regular y sin defecto. Para ello necesita referirse constantemente al modelo, que le permitirá conocer la exactitud de las medidas. Con esta luz le será fácil, entonces determinar con precisión el contorno interior y exterior de la obra. Así es como un solo punto se convierte en clave fundamental de una construcción imponente... ¿hará falta decir quién es ese punto? ¡Jesucristo!

SAN AGUSTÍN, *Comentario al salmo 39,15*

Con el corazón se cree para la justicia y con la boca se hace la profesión que aporta la salvación (Rom 10,10). Tal fue hallado aquel ladrón que pendía en la cruz y reconoció que a su lado estaba el Señor, precisamente en la Cruz. Algunos no lo reconocieron cuando hacía milagros, y él lo reconoció cuando estaba en la cruz. Tenía clavados todos sus miembros: las manos estaban sujetadas con clavos, los pies habían sido taladrados, todo el cuerpo estaba adherido al madero; no quedaba miembro libre: sólo la lengua y el corazón: en su corazón creyó, con la lengua hizo la profesión de fe. Le dijo: Acuérdate de mí, Señor, cuando estés en tu reino. Esperaba su salvación para el futuro y estaba contento de recibirla tras un largo plazo de tiempo. La esperaba para largo, pero el día no se hizo esperar. Él dijo: *Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*, a lo que respondió: *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso. Hoy –dijo– estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,42-43). El paraíso tiene árboles de felicidad: hoy estás conmigo en el madero de la Cruz, hoy estarás conmigo en el árbol de la salvación.

LACTANCIO, *Instituciones divinas*, 4, 26

Extendió sus brazos en la cruz y abrazó al mundo, para mostrar ya entonces que el gran pueblo congregado desde la salida del sol hasta su ocaso, de todas las

lenguas y pueblos, vendría a congregarse bajo sus alas para recibir en sus frentes aquella señal máxima y sublime.

ORÍGENES, *Opúsculo sobre la oración* (Cap. 25: PG 11, 495-499)

Venga a nosotros tu reino

Si, como dice nuestro Señor y Salvador, *el reino de Dios no vendrá espectacularmente, ni anunciarán que está aquí o está allí, sino que el reino de Dios está dentro de nosotros, pues la palabra está cerca de nosotros, en los labios y en el corazón*, sin duda, cuando pedimos que venga el reino de Dios, lo que pedimos es que este reino de Dios, que está dentro de nosotros, salga afuera, produzca fruto y se vaya perfeccionando. Efectivamente, Dios reina ya en cada uno de los santos, ya que éstos se someten a su ley espiritual, y así Dios habita en ellos como en una ciudad bien gobernada. En el alma perfecta está presente el Padre, y Cristo reina en ella, junto con el Padre, de acuerdo con aquellas palabras del Evangelio: *Vendremos a él y haremos morada en él.*

Este reino de Dios que está dentro de nosotros llegará, con nuestra cooperación, a su plena perfección cuando se realice lo que dice el Apóstol, esto es, cuando Cristo, una vez sometidos a él todos sus enemigos, entregue *a Dios Padre su reino, y así Dios lo será todo para todos*. Por esto, rogando incesantemente con aquella actitud interior que se hace divina por la acción del Verbo, digamos a nuestro Padre que está en los cielos: *Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino.*

Con respecto al reino de Dios, hay que tener también esto en cuenta: del mismo modo que *no tiene que ver la luz con las tinieblas, ni la justicia con la maldad, ni pueden estar de acuerdo Cristo y el diablo*, así tampoco pueden coexistir el reino de Dios y el reino del pecado.

Por consiguiente, si queremos que Dios reine en nosotros, procuremos que de ningún modo *el pecado siga dominando nuestro cuerpo mortal*, antes bien, mortifiquemos *todo lo terreno que hay en nosotros* y fructifiquemos por el Espíritu; de este modo, Dios se paseará por nuestro Interior como por un paraíso espiritual y reinará en nosotros él solo con su Cristo, el cual se sentará en nosotros a la derecha de aquella virtud espiritual que deseamos alcanzar: se sentará hasta que todos sus enemigos que hay en nosotros sean puestos *por estrado de sus pies*, y sean reducidos a la nada en nosotros todos los principados, todos los poderes y todas las fuerzas.

Todo esto puede realizarse en cada uno de nosotros, y *el último enemigo, la muerte*, puede ser reducido a la nada, de modo que Cristo diga también en

nosotros: *¿Dónde está, muerte, su victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?* Ya desde ahora este nuestro ser, *corruptible*, debe revestirse de santidad y de *incorruptión*, y este nuestro ser, *mortal*, debe revestirse de la *inmortalidad* del Padre, después de haber reducido a la nada el poder de la muerte, para que así, reinando Dios en nosotros, comencemos ya a disfrutar de los bienes de la regeneración y de la resurrección.

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que la paz y el consuelo de Cristo estén contigo!

No sabes la alegría que me ha producido tener noticias tuyas esta última semana. Aunque por lo que me contabas las noticias no dejaban de tener una parte de sufrimiento, me alegra saber de ti. Precisamente en estos momentos me alegro más.

Hemos llegado, querido amigo, al final del tiempo litúrgico, ¡un año más!, y la Iglesia nos invita a prepararnos para el tiempo del Adviento que marcará una etapa nueva de nuestra vida de fe. Me ha llamado la atención la lectura del Evangelio de este domingo XXXIV. A diferencia de otras veces en las que he contemplado la crucifixión desde Jesús, esta vez me ha impresionado vivamente la contemplación desde los personajes de los dos ladrones. Al fijarme en ellos me doy cuenta de que no es difícil reconocerse en los dos a la vez. Por una parte, puedes reconocer en ti esa actitud displicente y altanera del mal ladrón que no es capaz de ver en Jesús nada más que un condenado con toda justicia, un embaucador y mentiroso, forjador de vanas ilusiones en la gente. Es la visión de quien rechaza a Jesús en la cruz, porque sabe que eso mismo es lo que está llamado a vivir y sufrir. Es también la actitud de quien se alegra o se burla del sufrimiento ajeno para justificar su propia culpa. Por otra parte, está el buen ladrón. Me sorprende la serena esperanza de un condenado a muerte; la nobleza de corazón de quien está sufriendo el peor de los castigos; la talla humana de quien está viviendo la última experiencia del ser humano, la muerte; la hombría de quien es capaz de defender a alguien que está en la misma situación que él. No exagero, querido amigo, si te confieso que me gustaría ser un Dimas.

Bueno, Teodoro, esto es todo lo que hoy quería contarte. Espero que cuando me escribas, puedas decirme que ya te encuentras mejor y tengas alguna novedad que llevarse a la boca. Reza por nuestros enfermos y si puedes hazles alguna visitilla, ya sabes... ¡lo que a ellos hicisteis, a mí me lo hicisteis...! No te olvides de rezar esta semana por los próximos y numerosos retiros.

Celebra con gozo que Jesucristo es verdadero Rey de todo el Universo.

Despídeme de los tuyos, y recibe un fuerte abrazo de tu amigo,

Doroteo

P.D: al haber caminado juntos durante estos tres años, quería comentarte algo antes de cerrar estas cartas definitivamente. Habrás observado que durante este tiempo te he llamado: *Teodoro* (de Dios, don) porque eso es tu vida para mí: “de Dios, Don”. Pero también he firmado estas cartas como *Doroteo* (don de Dios), con la esperanza de haber sido y ser un “don de Dios para ti”. Querido Teodoro, juntos caminemos hacia el Cielo con la confianza de tener un Rey como el Señor. Hasta siempre.